

DISCURSO DE JORGE ARRATE EN EL ACTO DE UNIDAD DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE.

COMPAÑERAS Y COMPAÑEROS, AMIGAS Y AMIGOS:

Vivimos un gran día: el socialismo se reconoce, orgullosamente, en su historia y, unido, se compromete con el futuro. Hoy renace el socialismo chileno, convertido en promesa.

Somos pasado de luchas inolvidables que han marcado de manera indeleble la vida de Chile y somos también horizonte que está ante nuestros ojos, al frente y no a nuestras espaldas. Cuando renecemos expresamos un acto de rescate de nuestras tradiciones más nobles y confirmamos también en nuestros acuerdos básicos, doctrinarios y políticos, una renovación de nuestras perspectivas que ha sido para nosotros un proceso desigual pero plenamente compartido. Al juntarnos aquí hoy y sellar nuestra unidad fundamos nuestras esperanzas en las sólidas certezas que nos son comunes, pero también adquirimos el compromiso leal de explorar juntos el territorio de nuestras incertidumbres.

Al aunar nuestras voces en una sola voz, queremos que nos escuchen aquellos que, con tesón y a veces heroísmo, han sabido salvaguardar nuestras banderas, queremos llegar con nuestro mensaje a los viejos y acerados militantes socialistas de los tiempos duros. Pero queremos que el mensaje también resuene con ecos convocantes en el espíritu abierto y rebelde de los jóvenes que hoy nos miran, cuando recién comienzan a deletrear la palabra democracia, entre curiosos y esperanzados. En fin, deseamos que nuestra voz única sea capaz de conmovir los mejores impulsos y las más sabias razones de todos los democratas, de todos los chilenos libres y justos y no sólo de los socialistas.

Debemos ser historia que continua comprometida con el porvenir. Debemos ser pensamiento, acción práctica, mística y cohesión capaz de trascender mucho más allá de nuestras propias fronteras partidarias.

Damos hoy un paso decisivo para amalgamar nuestras visiones y esfuerzos y dotar de una sola alma a un nuevo gran Partido Socialista, firmemente anclado en sus señas históricas de identidad, fuerza política moderna que mira hacia el siglo XXI, unida por una potente voluntad democrática firmemente compartida y por una vocación renovadora que ya se ha hecho patrimonio colectivo.

Para lograr éxito en esta tarea debemos superar a lo menos tres grandes desafíos: primero, constituir una organización amplia y no sectaria que potencie con fuerza sus grandes acuerdos fundamentales y asuma democráticamente las legítimas diversidades internas; segundo, contribuir como fuerza decisiva, responsable y leal a la transición a la democracia que vive Chile, y, tercero, ser participantes creativos en el proceso, que hoy ha asumido características de proceso universal, de gestación de una nueva propuesta socialista.

Nadie aspira ni podría aspirar en el mundo actual a un partido político fuertemente centralizado, verticalista y conducido de

manera autoritaria. Hemos definido la lucha por la extensión y profundización de la democracia como el terreno donde de manera más humana y eficaz podemos impulsar nuestras aspiraciones de profundo cambio político y social. Esta definición requiere de nuestra parte la búsqueda de una equilibrada combinación entre una participación masiva y plena de los militantes y un sentido de disciplina solidaria que sea expresión de un auténtico espíritu de cohesión interna fundado en una sana mística socialista, cimentados en las bases doctrinarias y políticas que hoy día hemos suscrito y que deberá perfeccionar nuestro próximo Congreso. Todos los grandes partidos de izquierda en el mundo admiten en su interior la existencia de diferencias legítimas y los que padecieron de la enfermedad del dogmatismo, se han ya curado de ella o están en vías de hacerlo. Debemos, pues, fundados en solidas convicciones comunes hacer de nuestras diferencias un factor positivo que nos permita explorar mejor el mundo social y las opciones políticas que nos plantea el futuro. Somos herederos de una gran historia, pero en este aspecto no cabe duda que en el pasado pecamos de una cierta intolerancia, fundada en la exageración del ideologismo abstracto o en la creencia en visiones totalizadoras que sólo concebían la opinión diferente como desviación o deformación. Es hora de superar esa insuficiencia de nuestra concepción de partido. Es hora de armonizar sin que ello signifique transigir. Armonizar no es tarea de un par de dirigentes, armonizar es la obligación política del Partido Socialista que renace. Nos unimos hoy respondiendo a un anhelo profundo y sentido de las bases socialistas y a la más sana razón que nos ha llevado a compartir por largo tiempo políticas comunes. Aquello que nos separó en 1979 ha perdido significación en el mundo entero por obra del curso de la historia. Nada sustantivo nos divide, todo apunta en la dirección de nuestra unidad. También el sentido común del país. No creo pecar de orgullo exagerado si sostengo que todos los demócratas de Chile han esperado de nosotros, especialmente en esta hora, este acto de unidad. La transición chilena es compleja y difícil y hay quienes parecen no haberse cansado todavía de obstaculizar su camino que es el que el pueblo chileno ha señalado. No obstante, una de sus fortalezas es la existencia de corrientes políticas establecidas, con tradición histórica, poseedoras de raíces culturales profundas. Somos una de ellas. Nuestra unidad es, por lo tanto, un aporte a la transición. Nuestra acción en los años que vienen debe serlo aún más. Chile puede estar seguro: no habrá una sola voz ni una solo puño socialista que se levante contra la democracia. Pero seremos, en cambio, miles, decenas de miles de voces y puños levantados para defenderla, una vez más. Partido del pueblo, partido de trabajadores manuales e intelectuales, partido que defiende al oprimido, al discriminado, al perseguido, partido de todos los que sueñan con una sociedad más justa y humana, tenemos la obligación de desplegar al máximo nuestra sensibilidad para recoger el clamor de libertad y de justicia de un pueblo que sufrió la dictadura, y tenemos al mismo tiempo la obligación de

contribuir a que el próximo gobierno cumpla su programa que es también el programa de los socialistas para la transición. Somos fuerza de tradición rebelde porque hay mil razones para la justa rebeldía, pero somos fuerza constructiva y serena que sabrá gobernar con honestidad y eficacia. El éxito del gobierno de Patricio Aylwin será nuestro éxito. Si el gobierno fracasara, sería también nuestro fracaso.

1989 será un año recordado por la historia del siglo XX, así como 1914, el del inicio de la Gran Guerra, 1917, el del triunfo de la Revolución de Octubre, 1929, el de la Gran Crisis, 1945, el de Hiroshima y Nagasaki, 1968, el del mayo francés. Algunos sostienen hoy que 1989 será recordado como el año del ocaso del proyecto comunista de matriz stalinista, otros, más audaces, como el año terminal de los sueños socialistas. Pienso, en cambio, que el futuro recordará a 1989 como el año en que el socialismo se desprendió, dolorosamente, del peso de la tiranía para proyectarse como idea firmemente fundida con la de libertad. Me afirma en esta visión optimista y no escéptica el ser socialista chileno. Porque cuando mi generación recién se asomaba a las luchas estudiantiles de entonces los socialistas solidarizamos con Imre Nagy y el pueblo húngaro y, algunos años después, los socialistas apoyamos a la "primavera de Praga" y a Anton Dubcek, hoy, veintiun años más tarde, Presidente del Parlamento checoslovaco. Porque la lectura de Eugenio González y de nuestro Programa de 1947 nos enseñó a pensar con la cabeza propia y con autonomía verdadera, cuando la dura crítica de González a lo que él llamaba "la trágica experiencia soviética" se adelantó en cuarenta años a la revolucionaria autocritica de Gorbachov. Es por esta tradición que es hoy desafío ineludible para los socialistas chilenos convertirse en participantes activos de un debate internacional sobre el futuro del socialismo, proponer a Chile un nuevo proyecto de cambio en una dirección socialista y contribuir franca y respetuosamente a un proceso de renovación del conjunto de las fuerzas de la izquierda chilena.

Compañeras y compañeros del Partido, compañeras y compañeros de lucha democrática:

Somos portadores de la doctrina más hermosa que haya concebido la cultura humana: el socialismo. Miramos el mundo desde la perspectiva de los que trabajan, buscamos una combinación entre igualdad y libertad que, acorde con los tiempos de la historia, permita una vida mejor a los seres humanos, fundamos nuestra acción en una ética de solidaridad opuesta a la lógica del egoísmo, aspiramos a un orden social de justas diferencias. El mundo de hoy plantea un conjunto enorme de desafíos a nuestros fundamentos doctrinarios. El ser humano, por primera vez en su historia, ha sido capaz de crear un poder destructor que amenaza la existencia de la especie. El desarrollo que nos propone el capitalismo se constituye en amenaza para las condiciones de vida en el planeta y la lógica de las fuerzas del mercado es incapaz de poner freno a las tendencias destructoras que esa propuesta de

desarrollo genera. El abismo entre la riqueza del hemisferio Norte y la pobreza del hemisferio Sur tiende a ensancharse. La desigualdad social de la mujer, la discriminación de etnias, culturas y religiones, constituyen desafíos para la humanidad entera. Los conflictos sociales entre las clases desposeídas y las clases propietarias se agudizan, especialmente en nuestro continente.

Motivos para luchar nos sobran. Los desafíos para el socialismo son más amplios y exigentes que nunca antes. Para luchar bien debemos reconocer aquello de paradójico que presenta la situación del mundo de hoy: la interdependencia entre naciones y pueblos es cada vez mayor y este fenómeno genera formas crecientes de cooperación en las sociedades contemporáneas. Por otra parte, los conflictos subsisten o, a veces, se agigantan. Al interior de cada sociedad, en muchos casos, ocurre un fenómeno similar. La democracia surge y ha surgido con fuerza en los últimos tiempos como la única fórmula concebida hasta ahora que permite procesar simultáneamente las fuerzas de la cooperación y las fuerzas del conflicto. Ello nos replantea una vez más a los socialistas el gran tema, el tema de los temas: la vinculación entre democracia y socialismo, entre socialismo y libertad.

Estoy seguro que el Partido Socialista que renace hoy sabrá hacer su aporte a que Chile avance en esta dirección. Queremos revolucionar la vida porque nos atrevemos a pensar que el mundo puede y debe ser distinto a como es hoy, a pensar que los seres humanos pueden y deben relacionarse en sociedad de una manera distinta a la actual. "Revolucionario por sus fines", dijo Eugenio González del socialismo chileno. Hemos aprendido que esa revolución en la vida humana a que aspiramos es un proceso histórico de largo aliento y no un momento épico que, como la historia está demostrando, muchas veces es posteriormente arrasado por los procesos sociales de plazo largo. Hemos aprendido a no transformar los sueños legítimos en proyectos que generen, en definitiva, males tan grandes o peores que aquellos que aspiramos a suprimir.

Nuestro aprendizaje, sin embargo, no ha hecho perder consistencia a nuestras esperanzas. Los vientos de la época han tendido a apuntar en una dirección de mayor escepticismo y de mayor pragmatismo. Aunque resulta sano, a mi juicio, un mayor sentido práctico en el ejercicio de la política, no creo necesario contraponerlo a las grandes certezas que fundan una doctrina. La historia humana es la historia de las grandes e infinitas esperanzas de mujeres y hombres del planeta. Los socialistas queremos preservar las nuestras. Tenemos una historia, somos un pasado. Hemos cambiado. El mundo ha cambiado. Hemos aprendido, nos hemos renovado, pero de nada hemos renegado. Asumimos nuestro pasado, con aciertos y errores, convencidos que el hacerlo nos da el derecho a ser creídos en la proyección que atribuimos a nuestro futuro.

Amigas y amigos:

Renacemos hoy porque sobrevivimos a la tormenta que quiso arrasarnos pero que no pudo. Sobrevivimos porque somos impulso esencial de justicia hecho doctrina, porque somos ansia emancipadora expresada en principios, porque somos rebeldía humana convertida en acción libertaria.

Sobrevivimos porque luchamos, entre las llamaradas y los truenos de Septiembre del 73, con nombres que no eran los nuestros, con la fuerza de nuestros jóvenes, de nuestras mujeres, de nuestros obreros en las protestas del 83 y el 86, con la fe inalterable de nuestros exiliados, con el coraje de todos los nuestros que cayeron, con la voluntad constructiva de los que protagonizaron las jornadas cívicas de Octubre de 1988 y del 14 de Diciembre pasado. Sobrevivimos porque nunca olvidamos que teníamos un pasado y lo recordamos siempre cada 19 de Abril, porque nunca dudamos de tener un futuro. Sobrevivimos porque los abuelos contaron a sus nietos lo que habíamos sido, porque los padres lo dijeron a sus hijos.

Pero no subsistimos sólo por la fuerza de nosotros mismos. Subsistimos porque estamos en el mundo, porque hay de los nuestros en todas las latitudes y rincones y eso nos da fortaleza y fe.

Sobrevivimos porque mujeres y hombres de espíritu libre pero que no piensan exactamente como nosotros contribuyeron a sostenernos en los días crueles. Sobrevivimos porque hemos sabido cautelarnos nuestra historia pero ser también parte de la historia común, de aquella que escribieron O'Higgins y Carrera; Arcos, Bilbao y Letelier; Prat y Carrera Pinto; Balmaceda y Recabarren; la historia de las energías populares que encauzaron en este siglo Alessandri Palma, Aguirre Cerda, Eduardo Frei y Salvador Allende. Sobrevivimos porque tuvimos la decisión de sobrevivir, pero también porque nos ayudaron a sobrevivir. A quienes lo hicieron, en esta hora de renacimiento socialista, nuestro reconocimiento. A la voz que nos sostuvo desde un púlpito, al amigo comunista que con su compañía nos ayudó a sobrellevar la soledad de la prisión, al que prestó su altar como escondite, a la que atendió a un herido nuestro en una cama de hospital, al que cobijó a uno nuestro en una casa de digna pobreza, al demócrata que sintió a Tohá y a Letelier como si fueran suyos, al abogado que buscó incansable a Lorca y Ponce, a la mano del joven soldado que en una noche de guardia deslizó un cigarrillo para aliviar el dolor de uno de nuestros torturados. Al que nos sintió todo este tiempo como chilenos, como humanos, como iguales.

Sobrevivimos porque el mundo se hizo nuestra casa cuando quisieron privarnos de la propia y porque el corazón de Chile y los chilenos fue escondite fraternal.

Por eso somos un Partido que renace con la conciencia de deberse no sólo a sí mismo, sino a Chile entero, a nuestra patria, a la gran patria latinoamericana y a los socialistas de todos los puntos cardinales. Por eso nuestro renacimiento es también una notificación histórica: sobreviviremos nuevamente si ello es necesario, tantas veces cuantas sea necesario. Nuestra flor crece silvestre y su semilla se difunde por desiertos, islas, valles y

montañas en ciclo interminable.

Surgimos hoy quizá más sabios pero igual de luchadores. Surgimos sin resentimiento ni espíritu de vindicta, como fuerza serena y constructiva que aspira a ganarse la confianza de Chile en la lid democrática. Surgimos más fuertes porque hoy somos más que ayer, porque nuestros jóvenes son más numerosos y poseen un sorprendente bagaje de experiencias de lucha, porque nunca tantas mujeres habían militado en nuestras filas, porque los trabajadores organizados han reconocido a muchos de los nuestros como sus dirigentes. Surgimos más fuertes porque sabemos armonizar diferencias y podemos hoy recoger en plenitud y hacer nuestra la herencia de Rodrigo Ambrosio y el empuje de cristianos que reconocen en el Partido Socialista su lugar de lucha.

No está, sin embargo, Salvador Allende. ¿Cuan natural resultaría verlo hoy entre nosotros compartiendo anhelos y proyectos! ¿Cómo participaría, con su pasión, su fuerza y su incomparable dignidad en nuestros debates! Que duda cabe que estaría satisfecho de ver al Partido que fundó unido y fuerte, luchando por lo que él luchó toda su vida: por la democracia y por el socialismo. Invito a que el Partido Socialista de Chile que hoy renace sea fiel al legado de Allende y que, sobre esa base, se proponga el difícil objetivo de no ser un simple imitador de lo que él fue capaz de proyectar, sino un constructor de nuevas opciones para el pueblo trabajador y para el país.

Con orgullo coloco ahora el último ladrillo de nuestra casa común.

Con pasión y razón de socialista asumo la Secretaría General del Partido Socialista de Chile y me comprometo a ejercerla con equidad y lealtad a todos sus militantes.

Confío en que la fuerza que encarnamos contribuya decisivamente al pleno reestablecimiento de la democracia, a la felicidad de nuestro pueblo y a la grandeza de Chile.

Santiago, 29 de Diciembre de 1989.